

CERVANTES Y EL ENTIERRO DEL CONDE DE ORGAZ

JOSÉ ROSELL VILLASEVIL

Correspondiente

La bellísima torre mudéjar de Santo Tomás Apóstol, mejor conocida en Toledo por Santo Tomé, es uno de los signos más emblemáticos de esta ciudad milenaria emporio de glorias y relicarios de culturas. De su antigua edificación, quizá el templo más antiguo de los que fundara el Rey Alfonso VI, no queda hoy absolutamente nada; del que en el s. XIV reconstruye el gran mecenas don Gonzalo Ruiz de Toledo, poco más que esa torre coquetona, castiza y atractiva que atenaza para siempre la voluntad de quien la mira. El resto del templo volvió a reedificarse de nuevo, muy recientemente, dejando un conjunto de escaso valor arquitectónico tanto externa como internamente. No obstante, en ese anódimo recinto se conserva una de las joyas más singulares y sugestivas de toda la pintura universal; me refiero obviamente, al famoso cuadro obra del pintor cretense Dominico Teotocópuli «El Greco», que ostenta el archiconocido título de «El Entierro del Conde de Orgaz».

«El Greco», personaje enigmático de oscura biografía, ignorado prácticamente durante muchos años –cerca de tres siglos–, así como su revolucionaria pintura, llegó a la Ciudad Imperial en 1577 al objeto de forjar y pintar los retablos de la iglesia del Convento de Santo Domingo El Antiguo, a cuya cripta vendrían a reposar sus restos mortales. Y en Toledo se quedaría para siempre, atrapado en las redes de la hechicera Ciudad del Tajo.

La personalidad humana y artística del pintor candiota es de tal calibre, pese a las lagunas biográficas que tratan de velárnoslo, que

tocarla, aunque sea someramente, escapa a los límites de un mero artículo. Máxime, condicionándose éste a la posible relación personal que pudiera haber existido entre el pintor griego y el Príncipe de los Ingenios, Miguel de Cervantes Saavedra.

En 1586, Dominico Greco termina el cuadro del «Entierro del Conde de Orgaz» que dos años antes ha comenzado a pergeñar, idear, gestionar y por fin encargar el cura propio de Santo Tomé, don Andrés Núñez de Madrid.

El muy respetado clérigo, ello a pesar de su evidente ascendencia judía, estaba muy relacionado con la pequeña población de Esquivias, en cuyo municipio toledano vivía su hermana doña Elvira de Madrid –esposa de don Antonio de Ávalos– con dos de sus hijas.

Al simpático pueblo sagreño iba con relativa frecuencia el Reverendo don Andrés; y en él, donde contaba con muchos amigos, entre ellos el cura Juan de Palacios, tío de la esposa de Cervantes, casaba o bautizaba en no pocas ocasiones a los hijos o a los nietos de sus bien arraigadas amistades.

El 26 de diciembre de 1586, un día después de la entrega del famoso cuadro, como si se tratara realmente de un auténtico regalo de Bodas, don Andrés Núñez de Madrid unía en matrimonio a su sobrina, doña Elvira de Ávalos, con el sobrino político de Miguel, don Gonzalo de Guzmán y Salazar. El acontecimiento tenía lugar en Esquivias. Como vemos, los lazos de amistad y parentesco unifican cada vez más a estas familias.

Fueron innumerables los viajes que Miguel de Cervantes hace a Toledo en aquel lapsus de tiempo comprendido entre el 12 de

diciembre de 1584, fecha de su unión matrimonial con doña Catalina de Palacios y Salazar, y los últimos del mes de abril de 1587 en que emprende desde la Ciudad de las Tres Culturas ese viaje a Sevilla que ha de ser tan fructífero e importante para su obra como largo y tendido en cuanto a separación se refiere. En aquellas visitas toledanas era inexcusable la de la familia Guzmán-Salazar, los primos hermanos de su esposa con residencia en la Plazuela del Andaque, con quienes Miguel se relaciona estupendamente y de manera muy especial con don Gonzalo, el vástago que hacía oposiciones para emparentar con el cura de Santo Tomé.

¿Acaso se excusaran las visitas al reverendo Núñez de Madrid, hombre culto y dinámico capaz de entender la profundidad del Genio alcaláino y que a la sazón instaba a otro genio, «El Greco», a que diese feliz remate a su empeñado encargo? Y como consecuencia de estos corolarios, ¿no se entrevistaría en más de una ocasión el autor de «La Galatea» con el «irreverante» de «El Expolio»?

Dice el biógrafo señero de «El Greco», don Manuel B. de Cossío, que «el más castizo de los pintores impregnaba de tristeza a sus héroes en los últimos días en que Cervantes *forjaba* su eternamente castizo Caballero de la Triste Figura».

Dos vidas paralelas que vienen a encontrarse en la Eterna Ciudad de los Concilios. Dos personalidades tan afines en el pensamiento y en la creatividad que vienen a aferrarse a la simbología de la «Peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades»...

Insistimos, durante todo aquel año de 1586, en que se prepara la boda de la sobrina de don Andrés con el sobrino de Miguel, y «El Greco» trabaja febrilmente en el cuadro más hermoso que pueda

salir del concepto humano, es lógico suponer que estos personajes reiteran sus encuentros. Los motivos de orden afectivo y familiar son evidentes. Por tanto, los dos «monstruos», en muchas de las supuestas ocasiones debieron dialogar ampliamente, ya que había entre ambos demasiadas coincidencias y no pocas afinidades. Doménico es también un trotamundos y, como Miguel, Caballero Andante tan gentilmente provocador y atrevido que es capaz de afrontar y de enfrentarse al poderoso monarca a quien no se le pone el sol en sus reinos. Cervantes ya había retado, «como lo hiciera una cobra frente a un león», a uno de los sujetos más desalmados de la Historia de la Humanidad: Hazán Bajá, el que fuera rey de Argel.

Dos locos, dos genios que cruzan sus vidas extrañas en la intersección de la iglesia de Santo Tomé apadrinados por su párroco, don Andrés Núñez de Madrid. Tres singulares iluminados, en fin, por cuyas venas seguramente corrió sangre hebrea.

Para dar término a este sugestivo y tremendo tema, tan solo nos resta lanzar una pregunta al abismo: ¿No es posible que la imagen de Cervantes corresponde a una de las figuras de esos caballeros que contemplan la escena del «Entierro» –a manos de San Agustín y San Esteban– del señor de la villa de Orgaz, don Gonzalo Ruiz de Toledo?

La respuesta se haya en la incógnita de los tiempos; puede que para siempre jamás.